



George Grosz.

jos de Grosz se prefigura ya la gran tragedia: en ellos aparecen con obsesiva insistencia en corbatados burgueses de rostro duro sentados en torno a veladores, fumando agresivos habanos y rodeados de mujeres de gruesos muslos y cuerpos carnosos que se transparentan a los ojos lascivos de sus acompañantes. O bien nos muestra Grosz escenas de una ciudad de pesadilla, cuyas calles recorren hombres de perfil siniestro, lobos solitarios que van y vienen sin rumbo fijo, mientras en los balcones se cometen crímenes y fornican sin descanso las parejas.

Nada tan elocuente como los títulos o comentarios que acompañan a los dibujos, algunos contundentes a fuerza de directos, otros tremendamente irónicos: «¡Oh, mundo grotesco, feliz gabinete de monstruos!», «El país entero es una banda de simuladores», «Por la patria con alma y vida», «Para obedecer nacimos», «Dentro de tres días será usted útil para el frente», «¿No nos recuerdan acaso los textos que figuran al pie

de muchos de los aguafuertes de Goya?»

Grosz sólo concebía el arte como un poderoso instrumento de denuncia política. Esa actitud, valientemente defendida en la teoría y en la práctica, iba a acarrearle, dentro de aquella sociedad imbuida de un nacionalismo cada vez más fanático, diversos procesos por ofensas a las Fuerzas Armadas, a la moral y a la religión. Sus obras serían retiradas de los museos alemanes bajo la acusación de ser «arte degenerado», y en 1938, el régimen nazi llegaría a desposeer a Grosz de su nacionalidad germana.

La exposición que estos días presenta en Madrid el Instituto Alemán, y que luego viajará por otras ciudades, como Barcelona, Valencia y Zaragoza, está compuesta por setenta y siete dibujos y litografías pertenecientes a los álbumes «Ecce Homo» (1923) e «Hintergrund» (1928), que costaron en su tiempo al autor fuertes multas y que actualmente forman parte de la colección de la Academia de Bellas Artes de Berlín. Una visita bien vale la pena. ■ JOAQUIN RABAGO.

TEATRO

Por ejemplo, Cádiz

La reunión se celebra en el Colegio Mayor Chaminade, después de una conferencia y un largo coloquio sobre las razones históricas del Teatro Independiente. Están los representantes de Tagore, de Puerto Real; Taller, de Cádiz, y Metáfora, de San Fernando. Faltan los de Exodo, también de Puerto Real, que andan a aquellas horas haciendo una función en Vejer de la Frontera.

Nos hemos reunido para ordenar la participación gaditana en la Primera Semana de Teatro Andaluz que va a celebrarse (iba a celebrarse) en Granada, y la reunión, absolutamente informal, desencadena algo así como un diálogo de urgencia entre todos los asistentes. Salen los títulos montados por cada grupo. Cada cual habla de sus públicos y de sus condiciones de trabajo. Se aclara y transmite por vía oral una parte importante del reciente teatro gaditano. Se recuerda aquella noche en que «Las criadas», hecha sólo por hombres, dejó boquiabierta e indignada a la concurrencia. Se añora a Manuel Pérez Casaux, el autor gaditano que, como un emigrante andaluz más, tuvo que marcharse a Barcelona. Se opina sobre la Tía Norica y sobre las letras de los viejos Carnavales, tan distintas a las muy poéticas y líricas de nuestros días... De inmediato surge la necesidad de articular y ampliar todo aquel debate, de presentar en un Ciclo el trabajo de todos los grupos, de exponer y discutir públicamente las distintas experiencias...

Supongo que ese Ciclo se hará y que tendrá una repercusión provechosa en el teatro ga-

ditano. Supongo que si los de Tagore tienen lista su versión de «Contratante», sobre los problemas de la enseñanza en España, el espectáculo, abierto, muy directo, para alzarlo en cualquier espacio, será temática y formalmente de los que valen la pena. También imagino que la presencia de las formas de expresión popular, tan ricas en Cádiz, ensanchará la perspectiva de los grupos, poco acostumbrados a tomárselas en serio.

Todo ello, con ser importante, no es, sin embargo, más que el pretexto de este comentario. Lo que yo quiero señalar ahora es la incomunicación en que viven muchas de nuestras manifestaciones culturales; el increíble aislamiento de sus protagonistas.

Yo no sé exactamente si la «Asamblea general», de Olmo, montada por el grupo Exodo, será una cosa bien hecha. Sí sé de la necesidad que todos estos grupos tienen de proyección y de diálogo; de la perplejidad con que, por ejemplo, el actual propietario y director de la Tía Norica escucha las frases de interés por su trabajo; sobre todo si quien las pronuncia es alguien que no vive en Cádiz y escribe en los pápeles.

En otras ciudades españolas he vivido la misma experiencia. No creo que deba despacharse en términos estrictamente teatrales. Quizá los espectáculos sean muchas veces mediocres, pero quienes los hacen expresan una fuerza social cuya modestia no la salva, en términos culturales, de su dignidad y su importancia. ■ JOSE MONLEON.

La Semana de Teatro Andaluz, prohibida

Dentro de su curso regular de actividades, el Gabinete de Teatro de la Universidad de Granada había programado la Primera Semana de Teatro Andaluz. Las conferencias y mesas redondas

—confiadas exclusivamente a personas claramente encuadradas en la cultura andaluza— prometían, en unión de las representaciones y sus correspondientes coloquios, un amplio debate. Pocas regiones, en efecto, han sido más falseadas y manipuladas que Andalucía. De su realidad se han extraído innumerables imágenes —desde los personajes teatrales de los hermanos Álvarez Quintero a las heroínas de García Lorca, desde la un día boyante Costa del Sol al fuerte censo de emigrantes, desde la caseta de Feria a la cueva o la chabola— que, lejos de aparecer encuadradas en la relatividad de unas circunstancias, tienen siempre algo de afirmación categórica, de un «esto es así» y basta. Como si, consciente o inconscientemente, se confiase a esas imágenes un tácito debate ideológico de primordial importancia.

Por lo demás, la presencia del cante no ha hecho más que enturbiar la cuestión, escindida como está su contemplación entre quienes lo ven como un testimonio artístico de la vida popular, quienes se quedan en los amores arqueológicos y quienes le asignan el papel de un buen estimulante para la juerga.

Y, ahora mismo, puestos a examinar lo que hacen los grupos teatrales andaluces, nos encontramos con el abismo que va de un Gala o un Romero Esteo, para quienes, cada uno a su manera, la palabra lo es todo, a la corriente auténticamente popular, sostenida desde abajo, que pasa a través de manifestaciones tan diversas como la chirigata de Cádiz, los muñecos de la Tía Norica o el «Quejío» sevillano de La Cuadra. Los montajes que grupos como Esperpento, Mediodía, Algabeño, Lebrijano, Tagore o Exodo, por citar sólo a algunos, hacen de ciertos autores españoles o extranjeros —desde Cervantes a Jarry—, no dejan de ser otra expresión clave para un sector suspendido entre la categoría cultural en-

carnada en un Antonio Gala y el público popular de la Tía Norica...

Todo esto iba a sonar en la Primera Semana de Teatro Andaluz; todo esto iba a ser discutido con la participación de José Cazorla, Martín Recuerda, Francisco Díaz Velázquez, Manuel Martínez Mediero, Rafael Pérez Estrada, Jesús Campos, Antonio Gala y Miguel Romero Esteo, además de los distintos grupos invitados. De algún modo, íbamos a interrogarnos por el papel de Andalucía en la cultura española y por las razones de la vieja instrumentalización de su imagen. El interés que la convocatoria había suscitado en toda la región es buena prueba de que la Semana venía a cuento...

Así estaban las cosas cuando, veinticuatro horas antes de su inicio, el gobernador civil, «ante las circunstancias anormales que vienen acompañando la vida académica en los últimos días», prohibió la Semana. Ahora, el Gabinete de Teatro ha emitido una nota oficial declarando su propósito de celebrar la Primera Semana de Teatro Andaluz antes de que el curso concluya, suponiendo que desaparezcan las «circunstancias anormales» y sea gubernativamente posible. Porque una cosa está clara: social y culturalmente la Semana es necesaria. La misma resonancia de la prohibición, el desencanto con que ha sido acogida, es la prueba más evidente del cuerpo que la manifestación había ido tomando. ■ JOSE MONLEON.

CANCION

Presentando a Buffy Sainte-Marie

La única razón que se me ocurre para explicar